

por **MARTA REBÓN**

Para Cynthia Ozick (Nueva York, 1928), Anne Frank fue una escritora nata. Si no hubiera venido al mundo en el seno de una familia judía en la Alemania de 1929, su trayectoria habría sido más similar «a la de Nadine Gordimer, supongamos, que a la de Françoise Sagan». No sólo intuyó desde una edad temprana la fuerza de la literatura para crear «un documento explosivo directo al futuro», sino que su obra es «prodigiosa» por derecho propio, porque narró con lucidez unas vidas marcadas por la amenaza cotidiana del exterminio.

A raíz del famoso diario, en este lúcido e implacable ensayo **Cynthia Ozick** reflexiona sobre el uso interesado de ciertos legados, nuestra tendencia al sentimentalismo y el abuso de la memoria histórica

## Oportunismo y simplificación: la perversión del legado de Anne Frank

Según Ozick, el diario de Anne Frank, lejos de ser una lectura edificante, como por lo general se la califica desde su exitosa primera adaptación teatral americana en 1955, en la que se priorizan sobre los pasajes más oscuros una de sus frases («todavía creo, a pesar de todo, en la bondad del ser humano»), es una «historia de miedo», con sus «destellos de inteligencia, emoción y talento». En 1997, coincidiendo con el 50º aniversario de la publicación del diario en holandés, y tres meses antes del estreno de la adaptación teatral protagonizada por Natalie Portman en

Broadway, Ozick publicó en *The New Yorker* el ensayo *¿A quién pertenece Anne Frank?*, un texto con las mejores cualidades del género: claridad argumentativa, sutileza no exenta de contundencia, mirada crítica y audacia frente a las inercias culturales.

El escritor israelí Yishai Sarid afirma que Anne Frank es el único nombre que la mayoría citaría como víctima del Holocausto. ¿Y qué se desprende del hecho de que un nombre eclipse a otros millones? Ozick nos ofrece claves sobre la perversión de ciertos legados en aras de su popularización y nuestra tendencia al

«sentimentalismo barato a costa de una enorme catástrofe», que tanto detestaba Hannah Arendt. Así, junto con su texto *The Rights of History and the Rights of Imagination*, es uno de los títulos indispensables sobre los (ab)usos y las perversiones infligidas a la memoria histórica.

El hecho de que este diario sea posiblemente el documento relacionado con el Holocausto más leído (y a menudo el único), y que el nombre de su autora haya sido elevado a símbolo portador de un mensaje universal con todo lo que eso conlleva («la voz que habló por seis millones de



**CYNTHIA OZICK**  
**¿A QUIÉN PERTENECE ANNE FRANK?**  
Trad. de Eugenia Vázquez. Alpha Decay. 64 páginas. 12,50 €

**UNA DEFENSA DEL MUNDO JUDÍO**  
“Que la legitimidad de Israel se cuestione más de 70 años después de su renovación histórica es un síntoma de podredumbre moral, bien visible en esa expresión radicalmente malvada de ‘el derecho a existir’. ¿Quién cuestionaría el derecho a existir de un gato o un perro?” defien-  
de Ozick. “Y ahora los judíos, rodeados de enemigos que claman por su destrucción, ¿han de ser despojados de nuevo del derecho a existir? Hay días en que no sé si vivo en el siglo XXI o en los temblorosos años 30”

víctimas», como coincidieron en afirmar el reseñista del *NYT Book Review* e Iliá Ehrenburg, en la introducción a la edición soviética), ha desviado la atención del proceso de publicación y explotación de la obra, así como de las dos fundaciones que se disputan entre sí su legado.

Como explica Ozick, detrás del diario convertido en superventas hay una cadena de manipulaciones editoriales y batallas de intereses políticos, económicos, legales, ideológicos y personales que han devaluado el original hasta convertirlo en un «bien de consumo» listo para su adaptación al cómic, al teatro, al cine, a stories de Instagram, a exposiciones, o a traducciones que suavizan ciertos mensajes, como ocurrió con la primera versión al alemán: la creada por el padre en Ginebra y la de la casa-museo en Ámsterdam, que cada año visita más de un millón de personas. Con el recordatorio de que la obra no es propiamente sobre el Holocausto ni tampoco la historia de Anne Frank en sí (ya que «una historia no puede llamarse así si le falta el final»), la autora señala el peligro de basar el conocimiento de la norma a partir de casos excepcionales, como fue el de los Frank, que lograron esconderse hasta que alguien los delató.

Después de la publicación de este ensayo, las trifulcas no menguaron —como repasa David Barnouw en *The Phenomenon of Anna Frank*— y, al final, en lugar de hablar de Anne, se habla por ella. El matiz es importante. ¿Qué hay de la voz de la joven escritora que, escondida en su refugio empezó a revisar su diario, con la intuición de que pudiera verse publicado en un futuro que no llegó? ¿Hemos estado a altura de él? Este ensayo implacable se plantea si el desenlace más liberador del manuscrito no habría sido aquel que se le ocurrió a su rescatadora, Miep Gies: quemarlo por comprometedor. Convertido en cenizas, el diario habría quedado a salvo de un mundo reacio a mirar a los ojos de la «imponderable verdad del mal encarnado en un nombre y un lugar».